

Se puede, en resumen, aceptar que la «Quaestio» pertenece a Santo Tomás y que estamos más o menos en el mismo caso que en el expuesto por J. de Guivert en su inolvidable librito *Les doublets de Saint Thomas d'Aquin*.—E. T. G.

HAYEN (André): *L'Être et la Personne selon le B. Jean Duns Scot*, en «Revue Philosophique de Louvain», t. 53, noviembre 1955 (págs. 525-541).

Comprende este artículo una serie de consideraciones surgidas en presencia del libro de Herbert Mühlen, *Sein und Person nach J. D. Scotus* (1954). Duns Scotus y Santo Tomás miran los dos al ser, al mismo ser, pero ambos no ven en él exactamente la misma cosa, y el diálogo continúa entre sus discípulos, porque ninguno puede demostrar, sino únicamente mostrar, lo que quisiera hacerle ver al otro.

La originalidad de ambos filósofos se aprecia tanto más cuanto más se la integre en sus síntesis teológicas. Este extremo que afirmó Gilson viene confirmado por Hayen.

Scoto es profundamente realista. Si Santo Tomás *distingue* para unir, Scoto *distingue* para no confundir. El realismo de Scoto es esencialista. Lo posible es anterior a lo existente. El posible es la inteligibilidad pensada por la Inteligencia divina. El ser es la relación concreta de creación.

El ser es la relación entre esencia y existencia. El ser viene constituido por la tensión entre esencia y existencia entre quienes tienden a realizarse temporalmente. Se inserta dinámicamente entre la idea divina y el individuo existente. El ser es una tendencia existencial que vence a la tendencia esencial a no existir.

Persona no es solamente el individuo inteligente boeciano. Scoto sigue la definición de Ricardo de San Víctor; persona es la existencia incommunicable de una naturaleza intelectual. Por tanto, la filosofía sólo puede conocer a Dios como *sujeto (Einzelsubstanz)*, pero no su *personalidad*.

El ser simplemente dotado de existencia está constituido por la tendencia de la forma a informar la materia. El hombre es personal, subsistente, porque esta primera tendencia, en él, se determina

en una tendencia ontológica de ser él-mismo en sí-mismo. Esta última tendencia da al hombre la incommunicabilidad real que hace verdaderamente de él una persona. El ejercicio de esta tendencia es anterior a la conciencia que se toma de él. Sin embargo, debe ser asumido conscientemente. El hombre debe tomarse a sí mismo en peso, libremente. Este acto constituye a la persona en su incommunicabilidad real.

Esta soledad lleva naturalmente al hombre a la desesperación. Sólo puede salirse de ella mediante el poder obediencial y la capacidad natural de obedecer a Dios, resultantes de la creación. Así es como la personalidad humana requiere y se acaba en Dios.—A. S.

RADETTI (Giorgio): *Umanesimo e Riforma nella prima metà del sec. XVI*, en «Giornale Critico della Filosofia Italiana», X, 2, 1956 (págs. 210-225).

No es posible, al hablar de los fenómenos renacentistas, prescindir de la situación religiosa. En toda Europa se difunden movimientos de piedad individualista y de reforma disciplinaria, tanto en el seno de las Ordenes religiosas como entre los laicos devotos. Entre el interés por la reforma moral y cultural del cristianismo y la doctrina de la *docta religio* de Ficino; entre la profunda seriedad religiosa de Savonarola y la *pax philosophorum* de Pico della Mirandola; entre la experiencia filosófica de la *devotio moderna* y la experiencia crítico-filológica erasmiana, hay más de una razón de armonía, debidas a coincidencias psicológicas y personales. La lucha contra Aristóteles es luego lucha contra la autoridad eclesiástica. La desvalorización de las ciencias especulativas lleva a que prevalezcan los intereses morales sobre los dogmáticos. La influencia del mago, conocedor de los secretos de la naturaleza, se contrapone con la fe del cristiano en la Providencia.

Uno de los fenómenos más definidos es la intervención desde las riberas del humanismo en las cimas más altas de la teología, que dió lugar a generaciones de humanistas que se lanzaban a un estudio, casi siempre desdeñoso con la tradición, de los dogmas cristianos. Se trata de intentos apasionados que aspiraban a una religión más íntima y libre de legalismos. Tales tendencias no podrían